

La Alborada



Año VI

Buenos Aires

Núm. 208

SECCION DE INGENIO

A CARGO DE TÁNTALO

JEROGLÍFICO



CHARADA

Como un *prima dos primera*
Encontrará en el camino
Un *tercia dos con tercera*
Invítele a tomar vino.

Sentados junto a la mesa,
Y hablando de un negocito,
Dijo el amigo Cereza
A su paisano Coquito:

—Yo vendo un *tercio primera*
Y saco para un traguito,
Pues en el *dos con postrera*
Lo llevo hasta donde quiera
Mi comprador, Don Coquito.

—*Prima dos* que no comprendo
Es eso amigo Cereza;
Y aunque en el negocio entiendo,
Prima, prima voy vendiendo...
¿Y el bolsillo nunca pesa?

—¿De qué? ¿De aire? Pardiéz:
Pues siempre en mi *dos primera*
Tengo algún *primera tres*
Para vender por do quiera,
Y con mi *tres con postrera*
Igualo a tu *tres con tres*.

—¿Y no sacas un parnés!
Pues amigo.... ni carrera;
Haz de tu boca una nuez
Y grita por donde quiera:
Vendo un *prima con primera*!
También un *primera tres*!

—¿Y tú? — ¿Yo? tomo una lima
Y dando algunos traspies
Grito: *prima prima prima*
Tres con tres primera tres!

A orillas de un mar nacieron,
Radicáronse en la Habana;
Y de viejos se murieron
Siendo Cuba americana.

(SABINO)

ANAGRAMA

América Alemana
C. R. V. Z.

Simpática y distinguida niña.

(RAPPIE).

SOLUCIONES DEL N.º 207

AL JEROGLÍFICO de *Amadis de Gaula*
dedicado a *Delia*

Todas las sombras de mi alma
Se escapan cuando me miras
Porque tienes en los ojos
Más luz que el astro del día.

AL JEROGLÍFICO (por *Martin San*)

Las ratas de las joyas de Carrara son mozos
muy listos. Habrá que echarles galgos.

AL COMPRIMIDO

(dedicado a *Rubi* y *Principiante* por *Estampido*)
Gato con guantes no caza ratones.

AL LOGOGRIFO (por *Zaira*)

Este—tres—cesto—estrecho—torero—correr—rec-
tor—crecer—terco—hecho—roto.

AL LOGOGRIFO (por *Pancho Mochito*)

P A B L O
L O B O
B O A
P O
B

Rubi remitió las exactas soluciones del n.º 206

CORRESPONDENCIA

Rappit.—He mantenido el título que he dado a su juego publicado en el número 206, convencido de que es un *Monoverbo* y no un *Comprimido*, como usted cree. *Monoverbo*, usted sabe que es *palabra* compuesta del griego y latino, que significa *una palabra sola* (como *monocromo* un solo color—*monosilabo* una sola sílaba—*monóculo* un solo ojo, etc. etc.). Por consiguiente el juego que con uno ó varios signos indica una palabra sola es un *Monoverbo*.—*Comprimido*, en vez, a mi entender es, la expresión de estrechar, condensar, apretar, esto es: de hacer contener ó un verso, ó una frase, ó una sentencia en uno, ó relativamente pocos signos. Por lo demás que me pide tenga paciencia. *Omnia tempus habet*.

TÁNTALO.

En el primer aniversario de la muerte de José Verdi

El domingo último de Enero la municipalidad, inauguró un busto del eminente maestro en el cementerio, donde duerme el sueño eterno Manzoni, Cattaneo, Ferrari y tantos otros milaneses ilustres.

El busto es obra de Quadrelli que lo modeló en Febrero de 1893, cuando se representaba en el teatro de la Scala la última ópera de Verdi, «Falstaff». El notable artista presentía la fin del grande hombre y marcó en su busto el más exacto parecido.

En el regio conservatorio de música, que se titula de José Verdi, la ceremonia fué oratoria y musical. Habló primero el profesor Ludovico Cosio, maestro de literatura del establecimiento, dando lectura a varios documentos históricos que se conser-



Commemoración del primer aniversario de la muerte de Verdi, en el Conservatorio de Milán

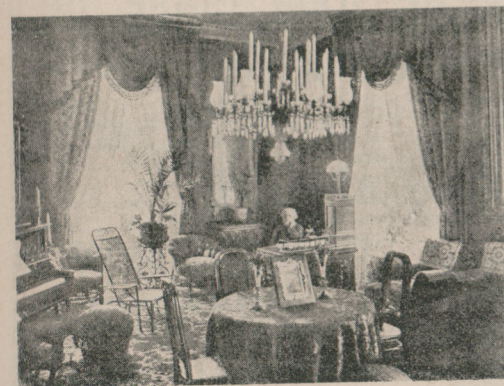
la la noche del 13 de Agosto de 1840. Siguió a esta sinfonía el «Laudate Virgine Maria» música de Verdi y letra del Dante.

Después se tocó la sinfonía de Luisa Miller, finalizando con el «Stabat Mater» de Verdi.

En fin, el programa de las fiestas celebradas al cumplirse el primer aniversario de la muerte del maestro celebrísimo, ha resultado interesante y digno del ilustre extinto.

Autoridades, artistas y pueblo, sin olvidar a la prensa han cooperado al éxito obtenido.

Por la noche en la fachada del Hotel Milán, fué descubierta una lápida laudatoria, dedicada al gran maestro con una dedicatoria muy expresiva, y que copiamos literalmente, en el propio idioma en que está esculpida.



Estudio y dormitorio donde espiró el gran maestro, tal como se encuentran actualmente en Milán

van en el archivo de Estado, de Milán, en los que consta que José Verdi, fué despedido por insuficiencia.

Siguió en el uso de la palabra el rector del Instituto, maestro Gallignani que estuvo elocuente.

La orquesta formada por los alumnos del conservatorio, ejecutaron la sinfonía de la primera ópera de Verdi «Oberto conte di San Bonifacio», representada en la Sca-



Hospital Verdi en Villanova de Parma

Dice así:

«Queste casa face ne secolf memoranda—Giusepe Verdi—che vi fu ospite ambito—é vi aspiro il di 27 gennaio del 1901.»

«Nel primo anniversario de tanta morte—posse il Comune per consenso unanime di popolo—a perpetuo onore del Sommo—che avvívó nei petti italici con celestiali armonie—il desiderio e la speranza di una patria.»

Instituto Optico Oculístico

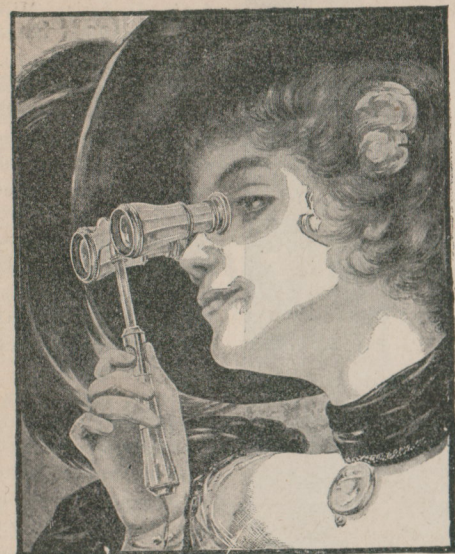
Lutz, Schulz
y Ferrando

Antigua casa OLIVA y SCHNABL

SARANDI N.º 262

Sección Fotografía

Máquinas fotográficas de \$ 0.60,
1,20, 2.00 y 2.50 con todos
los útiles necesarios, hasta \$ 150.00



Depósito permanente de las máquinas
MURER'S EXPRESS y de toda clase de
útiles para fotógrafos y afi-
cionados.

LECCIONES GRATUITAS

A TODO COMPRADOR

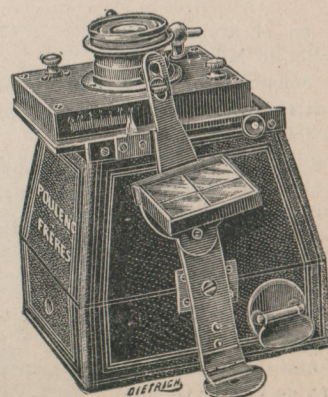
Se remiten instrucciones á
campana.

Laboratorios

á disposición de
los clientes.

Se reciben cons-
tantemente no-
vedades.

Montevideo, Sarandí 262



La Alborada

AÑO VI.

MARZO 9 DE 1902

NÚM. 208



Juanita López



Odilina Amaral



Raúl Cobas



María Ester
Cayafa



Srta. Leonor
Gascue

Escenas conyugales

Son las ocho de la mañana. Carlota está en su gabinete sentada en un diván, con el rostro, en el que se advierten las huellas dejadas por el insomnio, descansando en una mano.

Al verla, fácilmente se nota que se halla presa de un fuerte acceso nervioso originado por viva contrariedad. Manuel, su esposo, falta del hogar desde la tarde anterior y ella ha pasado una noche terrible, de sobresaltos y desvelos; jella, que había sido la nenita caprichosa, cuyas impertinencias y majaderías de niña mal criada, sabían á gloria y eran órdenes para sus papás!...

¡Estos sí que eran buenos! ¡Siempre esclavos de su mirada, tratando de adivinar en ellos sus deseos, sus exigencias, para satisfacerlos al instante! Pero al presente ya no existían sus padres y, lejos de tener en Manuel un reemplazante de éstos, saborea hoy Carlota los más agudos sufrimientos que ocasionan los hombres casquivanos y calavera, con su falta de respeto á la sociedad y al hogar.

En efecto, ¿acaso Manuel aceptaría una caricia de su esposa si por ello hubiera de sacrificar una partida de ecarté ó el repugnante y fingidamente voluptuoso beso de otra mujer en la orgía?

¿Acaso la moral significaba para él otra cosa que un argumento inverso de los que siempre tienen en los labios los timoratos y faltos de co-razón?

Para mayor desgracia, Dios no había concedido á Carlota un vástago, que con sus caricias atenuara las congojas producidas por las ligerezas de su marido.

Sin embargo, el corazón de Carlota no le permitía aceptar con pasividad beatífica y como castigo del cielo, los desarreglos é indiferencia de Manuel ¡qué esperanza! Ella le diría de una hasta ciento: ¡vaya si le diría todo lo que le viniera á la boca! ¿Si se figuraría él que ella no conocía los deberes que el matrimonio impone á las personas?... Y además ¿no juraba y perjuraba Manuel durante su noviazgo, hacerla la más feliz de las mujeres? ¿no manifestó por repetidas veces con voz insegura por la emoción que su afán constante sería complacerla aún en los más insignificantes caprichos, queriéndola mucho, en fin?... Todo esto masticaba Carlota, cuando de pronto descorrióse el portier que dividía el gabinete y la antesala, apareciendo la silueta de un hombre ele-

gante y bien parecido, aunque algo demacrado y muy ojoso, el cual vino á interrumpir su monólogo. Era Manuel con la visita aduladora que siempre entreabría sus labios cuando presentía grandes sermones de su costilla, como él la llamaba en tono de broma.

—¿Cómo está mi mujercita querida?—balbuceó él con acento entre temeroso é irónico.

Esta, que ya había advertido la presencia de aquél pero que fingía lo contrario, se volvió rápidamente pálida y nerviosa contemplándolo con una mueca de desprecio tan mal disimulado, que desde el primer momento se descubría el furor que la dominaba. No pronunció sin embargo una palabra.

—¿Cómo está mi ricurita?—repitió él siempre con el mismo acento?—Y yo, que venía con un mundo de caricias para mi adorada esposa, caricias que había amontonado en mi corazón en las horas de ausencia involuntaria, con avara vehemencia, con entusiasmo egoísta!... ¿Qué le hemos de hacer! Mi alcoba será la confidente de mis desventuras!...



Juan A. Baldomir

—¡Adiós, esposa ingrata!—dijo con ademán dramático y contenidas sonrisas; y uniendo la acción á la palabra, se dirigió á su alcoba con paso medido y fuerte como si deseara á todo trance exasperar más á Carlota y romper su silencio que principiaba á fastidiarse, pues para él era infundado el furor de ella.

¿No es acaso el esposo dueño absoluto de su voluntad? ¿Y entonces para qué asumir ella esa actitud de reina ofendida? Al fin y al cabo ¿qué inmenso delito había él cometido? ¿Pasó una noche fuera de casa, dejando sola á su mujercita? ¡Vamos! Ni que estuvieran todos los casados condenados á una vida de anacoretas, siempre metidos en sus casas, supeditados á las veleidades de sus mujeres!

Falsamente, con cierta vaga conciencia de esa falsedad, trataba de sincerarse, engolfándose en esos razonamientos.

Una vez en su gabinete, despojóse del frac, echándose en la cama indolentemente. Sin quererlo, empezó á reflexionar seriamente acerca de su conducta. A pesar de la indiferencia con que siempre había oído las continuas recriminaciones de su esposa y los serios consejos de sus amigos más juiciosos, aquella mañana ¡cosa rara! algo le

incomodaba: una voz interior lo acusaba! Deseaba conciliar el sueño, desear el cúmulo de ideas que se agolpaban en su mente, más no lo podía conseguir. Convencido de ello se levantó, y encendiendo un cigarro empezó a pasearse por la estancia en actitud pensativa. Al poco rato se arrojó con desaliento sobre el diván y abismóse en un profundo letargo cerebral. Poco duró esto. La excitación nerviosa había hecho de él su presa, no permitiéndole estar mucho tiempo en una completa inmovilidad.

Volvióse a levantar y vistiéndose apresuradamente, salió de nuevo a la calle, no sin haber esquivado la presencia de su mujer, cuya cara de justo dolor en la que siempre se reflejaba una acusación severa, empezaba a conmovérlo.

Vagó, vagó por las afueras, alrededor de las quintas en busca de aire puro que desinfectara la podredumbre que roía su alma, el cáncer que lo impelia a cometer las más grandes locuras, á buscar placeres y sensaciones nuevas pero siempre mal-anas.

Ahora se había sentado en un banco rústico. Largo tiempo permaneció como absorto, con la mirada vaga, perdida en el espacio.

Reflexionaba acerca de la hora en que vivía. Si aquella no era una vida decente, ni siquiera se

guardaban las formas convencionales. Su comportamiento para con su mujer era indigno: si ella no atesoraba torrentes de ternura para ofrecérselos, si era una cabecita vana ¿no estaba él, acaso, obligado á despertar su sensibilidad y á consolidar sus ideas? Por otra parte, lo cierto era que ella sufría con su abandono; que el amor propio de su mujer se resentía horriblemente.

No, eso no era caballeresco.

Con un movimiento nervioso se puso de pie y empezó á caminar apresuradamente en dirección de su casa.

Iba impelido por una resolución heroica ¡de verdad! que resolvía el problema de su felicidad ¡la felicidad de toda su vida!

Al llegar á su casa, un movimiento de indecisión, de temor y de vergüenza lo detuvo; pero dándose coraje, entró precipitadamente dirigiéndose al gabinete de Carlota. Al verla, abrió los brazos; la llamó con tal elocuente entonación de amor, con tan sublime vehemencia, que ella, comprendiéndolo todo, se arrojó en sus brazos juntando su boca con la de él apasionadamente.

— Al fin encontré á mi Manuel — murmuró ella.

ANTENOR PEREIRA (hijo)



Don Enrique Anaya



Enrique Anaya

Muy simpática personalidad. Hombre de convicciones muy arraigadas, de mucha fineza de carácter, de figuración principalísima en uno de nuestros partidos, no despierta, sin embargo, rencores en el seno de sus adversarios. Es que hay en ese hombre mucha sinceridad, mucha modestia, mucha devoción de sentimiento cívico. Otros tendrán más que él, la fulguración intelectual, el brillo que sedu-

ce de la palabra, la fuerza que conquista cerebros. El secreto de su figuración, de su espectacularidad, de la eficiencia que ejerce sobre su partido, está en su corazón, en la buena fe con que presta su concurso en las campañas políticas en que acompaña á su partido, en la altura de su espíritu excluyente de odio, y, para decirlo de una vez, en su altruismo cívico. Lo lleva su idiosincracia, hacia el retiro del hogar, y quisiera siempre intervenir en las cuestiones que tienen relación íntima con la situación política del país y su porvenir, cumpliendo modestamente con sus deberes de ciudadano. A pesar de eso, sus correligionarios le han discernido más de una vez el primer puesto de trabajo y de responsabilidad en su partido. El no ha rehuído los deberes de esa designación, pero ha rehusado, solo por una rara y singular modestia, la designación de eminentes puestos en el poder. Desempeñaba la presidencia del directorio del partido nacional, que ha renunciado obligado por la delicadeza de su salud.

Acompaña al retrato de don Enrique Anaya, el del doctor Leopoldo González Lerena, quien, como suplente de aquél, entrará á formar parte del Directorio.



Leopoldo
González Lerena

El senador Arteaga

† En Montevideo
el 3 de Marzo

El martes se efectuó en el Cementerio Central el entierro del señor Clodomiro de Arteaga, senador por el departamento de Minas. El desenlace era



El carro fúnebre llegando al Cementerio



Llegada á la necrópolis

nares de curiosos que deseaban ver pasar el cortejo fúnebre.

LA ALBORADA, deseando ofrecer á sus lectores informaciones gráficas del acto, mandó á sus fotógrafos á fin de que tomaran las vistas que acompañan á estas líneas.

Paz en la tumba del señor Clodomiro de Arteaga.



En el momento de bajar el féretro del carro fúnebre

esperado desde muchos días atrás, dada la gravedad de la dolencia que aquejaba al señor Arteaga, constata-da por sus médicos de cabecera.

Numerosa concurrencia asistió á la fúnebre ceremonia, y tanto la calle Yaguarón como los alrededores del Cementerio, fueron invadidos desde temprano por cente-



El cortejo entrando á la necrópolis

El obsequio al comisario Laborde

En los primeros días de la semana, el señor Arturo Laborde, comisario de la Aduana, fué obsequiado por el vecindario con un reloj y cadena de oro, con motivo de cumplir un año de su nombramiento para ese puesto.

Figuran en la lista de contribuyentes los señores:

Antonio D. y Manuel Lusich, Semaden y Rodríguez, Cazenave y Rodríguez, Pascual y Escofet, F. Zaffaroni y Rodríguez, Manuel Planavia, Enrique Carbone, Juan Marticorena, Miguel Suich, Mi-



Arturo Laborde

guel Sanguinetti, Antonio Podestá, G. Schlaphohl, M. G. Mosher, Andrés de Lamaria, José Alonso, Juan de Pablo, Juan Boters, Luis Boters, Manuel Bottini, A. Bruzzone, Adrian Illich, Francisco Croco, P. H. Petersen, Gabriel Martínez, N. Monge, Carlos Pezzone, M. Muzzetti, Argül Hnos., Salvador Delucca, vapor María Julia, Constantino Domínguez, Justo Domínguez, Hotel Central, Español, Oriental, Pirámides, Bella Barcelona, Capatácía de Aduana.

Electoral

El doctor José Romen, miembro laborioso de la cámara de diputados, y hombre de muy fina observación, ha presentado un proyecto que tiende á evitar toda influencia del oficialismo en las elecciones sobre los ciudadanos que hayan desempeñado obligaciones de servicio público.

Según el proyecto de ley que él ha presentado los guardias civiles no podrán inscribirse mientras duren sus respectivas contratas. Los ciudadanos que hayan pertenecido á la guardia civil no podrán votar sino dos meses después de haber obtenido la baja; y los cabos y sargentos del ejército ó de la marina no podrán ser inscriptos si sus despachos no han sido expedidos dos meses antes de la elección.



Sr. Pedro J. Palau
Presidente de la Asociación Artistas Españoles

Una fiesta interesante

EN EL TEATRO VICTORIA



El escenario del teatro Victoria con los artistas que tomaron parte en la función
Fot. de LA ALBORADA

El domingo pasado tuvo lugar en el teatro Victoria una hermosa fiesta á beneficio de la Asociación Artistas Dramáticos y Líricos Españoles.

El aristocrático coliseo de la calle de Victoria, completamente lleno, presentaba un bello conjunto por la clase de sociedad allí reunida; la alegría sincera que reinaba en toda la concurrencia y sobre todo la mucha belleza femenina, puesta al servicio de ese, algo magestuoso que se llama caridad, fueron lo que con-



Matilde Montero

tribuyó á que la función tuviera un éxito completo.

Todos los números del programa fueron fielmente interpretados por todos los artistas que tomaron parte en dicha función.

Uno de los números que más llamó la atención y que atrajo todos los aplausos del público allí reunido, fué el pasacalle cantado por catorce tiples, las cuales luciendo hermosos mantones de manila formaban un extraño conjunto, de variados colores que produjo sensación.

Merece un especial aplauso la compañía del teatro de Mayo que dirige el incomparable actor Joaquín Montero, por la parte activa que tomó en esta función, prestando su valioso concurso representando la aplaudida zarzuela

«Plantas y flores» en la que tanto se distinguen toda la compañía.

Nuestro grabado representa á todos los artistas que tomaron parte en la función del domingo y que son: en el sexo femenino figuran en primera línea las señoras y señoritas Allú, Montilla, Méndez, Anglada, Galé, Gáspers, Colom, Membribes, Liñan, Montero, Plá, López y Zatar y entre los señores estaban Montero, Cebrián, Perdiguero, Lozoya, Cordero, Alentorn, Tapias, Máiquez, Guerrero, Martínez, etc., etc.

Publicamos también el retrato del presidente de la sociedad Artistas Españoles Sr. Pedro J. Palau y el de la niña Matilde Montero hija del actor del mismo nombre que llamó especialmente la atención del público en el papel de la modesta Violeta en «Las Plantas y Flores».

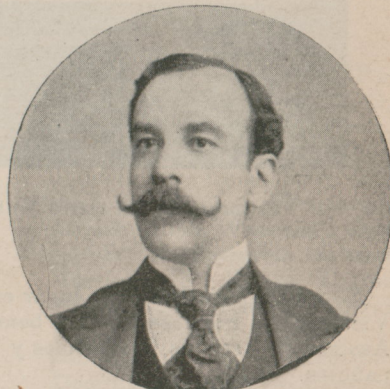
SELRAC

En viaje

Presentamos el retrato de nuestra bella compatriota señora Sara Hamilton, la distinguida esposa del diplomático doctor Alberto Fialho, ex ministro del Brasil en este país, cuyo retrato también reproducimos. Partió la gentil pareja con destino á Río, de donde seguirán para Lisboa á principios de la semana que ha terminado, y fueron á despedirla damas de alta distinción, miembros del cuerpo diplomático y numerosos caballeros.

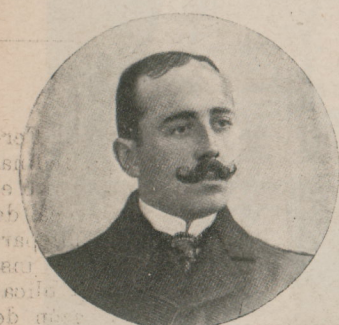


Sara Hamilton de Fialho



Alberto Fialho

Literatura



Alberto Guani



José Enrique Rodó



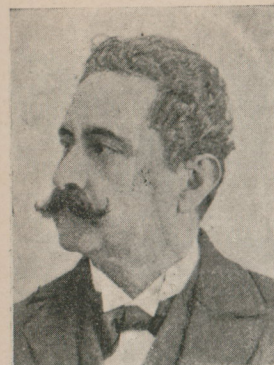
Juan C. Blanco Acevedo

José Enrique Rodó, profesor eximio, maestro de la frase, alma de artista, esencialmente ateniense abandonó la cátedra de literatura, para colocarse en las condiciones constitucionales necesarias para optar á una banca en la cámara de diputados.

Son ahora los candidatos para ocupar esa cátedra, el doctor Alberto Guani, periodista, miembro de la redacción de *El Siglo* y el bachiller don Juan Carlos Blanco Acevedo, autor del opúsculo literario titulado «Narraciones».

Universitaria

El Dr. Don José Sienra y Carranza es uno de los hombres más distinguidos del país.



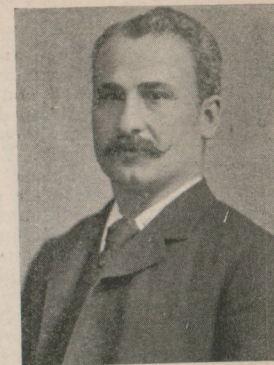
Dr. José Sienra Carranza

Fué, cuando joven, diplomático, y cortó su carrera por causas políticas.

Tiene fama de ser un hábil abogado. Cruzó por la prensa, dejando huella luminosa, y fué en alguna campaña diarística digno compañero de don Carlos María Ramírez. Si no puede decirse

de él que sea poeta, sí puede decirse que ha hecho versos sentidos, entre y ellos, los más notables y que circulan en diversas autologías, aquellos que se conocen con el nombre de «La Paraguaya». El doctor José Sienra y Carranza es candidato seguro para ocupar la cátedra de práctica forense en la Universidad.

El Dr. Don Elías Regules es una de las personalidades más simpáticas de nuestro cuerpo médico. En realidad, es un tipo vario, complejo, digno de estudio. Culti-



Dr. Elías Regules

simo, ama sin embargo, con una pasión que lo domina, al hombre rudo de nuestros campos, al toseco gauchito, á sus costumbres, á su verva dislocada y original. Es buen médico, con reputación consagrada. En la tribuna habla con galanura y elevación intelectual. Es hombre relativamente joven, y tiene todavía por delante campo vasto de acción. Es candidato para ocupar la cátedra de medicina legal, actualmente vacante.

Leyenda árabe

EL DESCUBRIMIENTO DEL MAGNETISMO DEL HIERRO

En el *Electrical World* leemos una interesante leyenda respecto al descubrimiento del magnetismo. Es debido á la pluma de M. Freckerich Trimmer, quien, en lugar de buscar los albores del magnetismo entre los chinos, ha seguido sus investigaciones entre los árabes. Es sabido que estos se cuentan entre las primeras naciones que conocieron la navegación y, á creer las investigaciones de M. Trimmer, la primera que conoció aquella importante calidad del hierro y del acero.

La leyenda árabe, respecto al descubrimiento del magnetismo, es la siguiente: Ismael, hijo de Agar, al hacerse hombre, fué jefe de una tribu que se estableció en el valle de Mokka. Llegó un día en que el jefe enfermó de muerte, viéndose al mismo tiempo la tribu amenazada por un poderoso enemigo. En su desesperación, el pueblo rogó á Alah y de repente apareció en el cielo un magnífico meteorito, que cayó cerca del enfermo, quien sanó desde aquel momento.

De allí en adelante el meteorito, que se encontró á alguna profundidad de la tierra, fué objeto de ascendrada veneración de la tribu, que erigió un templo en el mismo lugar donde se le había encontrado. Según la creencia popular por la virtud mágica de la «piedra negra» la tribu se vió libre de enfermedades, sus viajes y empresas salían á medida de sus deseos y sus camellos se vieron preservados de las epidemias que hacían estragos entre los animales de las tribus vecinas.

Así se pasaron un par ó tres de siglos, cuando un día los vecinos de la tribu de Ismael, envidiosos de su prosperidad, concibieron el proyecto de robar la piedra, causa de tanta ventura. Dos hombres jóvenes y robustos se prestaron, pues, á violar el templo y llevar á su tribu la codiciada «piedra negra».

Cuando al amparo de la noche hubieron logrado introducirse en el santuario, se vieron frente á un obstáculo inesperado: la piedra milagrosa ha-

bía sido encajada en un gran bloc de granito.

Con esfuerzos casi sobrehumanos lograron desprenderla, pero al quererse retirar con el preciado tesoro, fueron sorprendidos por los guardas, quienes atacaron á los ladrones con sus espadas.

Furiosos éstos de no poder escapar, echaron al suelo la piedra, que se hizo añicos. Al recoger los trozos para volver á adaptarlos los unos á los otros, se llegó á conocer una nueva y milagrosa fuerza de la naturaleza: se descubrieron las cualidades magnéticas del hierro meteórico.

A creer á los árabes, han pasado ya tres mil años desde este descubrimiento.

Educacional



Julián Miranda

Al Sr. B. Fernández y Medina, que abandonó el puesto de vocal de la comisión departamental de instrucción pública, por una razón de incompatibilidad ya conocida, sucederá en el desempeño de esos deberes el Sr. Julián O. Miranda, antiguo inspector de instrucción y autor de

algunos excelentes textos escolares.

Lo que dice un rayo de sol

Te saludo, enferma. Sé que me has evocado con el pensamiento, sentada detrás de la vidriera de tu balcón, mientras esa romántica de la lluvia tocaba con sus manos de agua en los cristales la canción del chubasco, y aquí me tienes para iluminar con mi alegría tus nostalgias de convaleciente. Yo prestaré calor á tu cuarto, fuerza á tu sangre é ilusiones á tu alma, sin que hayas de agradecerme nada, porque no hago más que cumplir mi bienhechora misión de dar la vida por donde quiera que paso, lo mismo á las esperanzas del corazón que á las yemas de las hojas ó á las aves de los nidos.

Ven, voy á llenarte la mente de ideas azules. Basta ya de llorar la muerte de tu primera ilusión; basta de días tristes, de horas amargas y eternas, medidas por el tic-tac del reloj sin entrañas, que no altera sus pulsaciones ni por el dolor ni por la felicidad. Ahora mejorarás rápidamente con mi ayuda, y mientras dejas el butacón de la paciencia en que has sufrido, cierra los ojos y sueña.

Viajas; vas á buscarlas fuerzas en los brazos de la naturaleza. Yo te acompaño en el cristal de la ventanilla, te baño el campo de polvo de luz, te doro todas las casitas del paisaje. Donde quiera que dejas caer la mirada, te encuentras un rayo de sol que te sonríe. Soy yo, el rayo de sol que te alentó en los abatimientos de tu enfermedad, el rayo de sol que destiló en tu pecho la mansedumbre, el rayo de sol que te vió sufrir y quiere verte gozar. Te esperan la salud, la calma, el sosiego, el arte que interesa el movimiento que distrae... ¿Abres los ojos? Ha sido una ficción; pero yo, te he hecho contemplar todo eso atravesando tus cristales, y te he dado cinco minutos de dicha. Es la obra de todos los rayos de sol con todos los enfermos.

¿Qué fuera sin mí de todos los que padecéis? El más horrible tributo á que viene condenado el hombre es al de las negras galerías de las minas. Es el único obrero que no canta cuando trabaja, porque carece de un rayo de sol. El rayo de sol baja á la metalurgia de atmósfera de fuego, y arranca una copla: el rayo del sol penetra por la reja de la cárcel, y brota una malagueña en el calabozo; el rayo de sol bruñe la camisa que cosela maquina, y sobre la prenda que apenas da para comer, tararea, tararea un rayo de sol. Mientras haya un rayo de sol tendrá la ancianidad su última juventud. Todas las primaveras echan á volar millares de mariposas que han nacido de su primer rayo de sol. Un prematuro rayo de sol viste de boda á los almendros y entreabre los labios á las violetas, y otro rayo de sol incuba la tierra desnuda del invierno. La historia tiene muchos rayos de sol; sus páginas blancas en que se consolida una paz, ó sus fechas gloriosas en que se descubre un invento. Yo adoro las ruinas, las enclaustradas, las catedrales y los espejos. Los quince años de la mujer son su rayo de sol.

¡Ah! Te he hecho dormir de veras y has dormido bien, dulcemente acariciada por mí. Se acabaron los recuerdos de tortura, las penas, los engaños. Si alguien no es digno de continuar en el fondo de tu corazón, arrójalo de él, y despíde al médico diciéndole que en lo sucesivo será yo el que venga á visitarte, ¡un rayo de sol que te curará con el opio del olvido!

JUAN LUIS LEON



Pepita Fracías



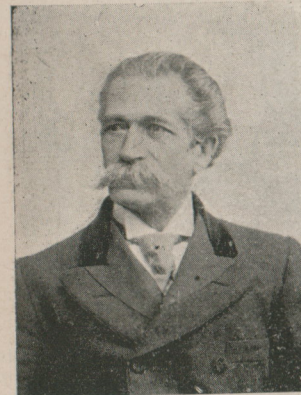
Julia Estévez Coronel



O. BAROFFIO

Fiestas y duelos excesivos

El Dr. D. Alfredo Vázquez Acevedo, una de las figuras salientes de la alta cámara, ha presentado un proyecto de ley,

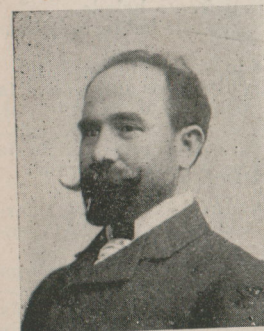


Dr. Alfredo Vázquez Acevedo

fundado, oportuno y sabio, que ha sido recibido con aplausos unánimes. Ha probado el distinguido conciudadano, en una comparación numérica con algunos de los países más viejos de Europa, cargados de grandes recuerdos y de glorias, que el nuestro celebra mayor número de fiestas y consagra más días á los duelos históricos que aquéllos. Sancionado el proyecto del senador Vázquez Acevedo, quedarían suprimidos los duelos y solo subsistentes las tres grandes fechas nacionales en que se celebra la cruzada de los Treinta y Tres, la declaración de la Independencia y la jura de la Constitución.

La ley Pons

Ha comenzado á discutirse en la cámara de diputados la ley del ministro de hacienda, señor Diego Pons, sobre vinos. La ley tiende á proteger más eficazmente de lo que se ha protegido hasta ahora, á la viti-vinicultura nacional.



Sr. Diego Pons

Trata, por otra parte, de poner obstáculos á la fabricación de los vinos artificiales, que hace una competencia ruinosa á los puros. El debate en la cámara será interesante, porque las opiniones están divididas. Parece que el proyecto del ministro, en esencia, se salvará, aunque sufriendo algunas modificaciones de forma que no carecerán de importancia. En el mismo seno de la cámara hay quienes entienden que los vinos artificiales, siempre que no sean nocivos á la salud, no pueden ser eliminados de la competencia comercial. Vinos de esos, suelen ser inofensivos, aunque en verdad no sean vinos. El proyecto del ministro, con su tendencia proteccionista y de mejoramiento de la industria viti-vinícola, ha sido bien acogido por la opinión.

Por la navegación

Contra los peligros que ofrece á la navegación el Banco inglés, se construirá allí un pontón-faro, para cuyo objeto tiene ya la au-



torización de la superioridad la dirección del ramo.

La vista que aparece ahí muestra en uno de los dos botes á los señores Antonio Susich é ingeniero Calcagno, divisándose también, apenas, la arboladura del buque «Amabel», perdido allí hace algún tiempo.

Vida de flor

Joven, hermosa, nacida para amar y ser amada, quiso hundirse en la sombra de esa noche pavorosa de la muerte, y cerró sus ojos al mundo, al triunfo, á la luz, á la dicha. Fué su vida la vida de una flor. Acaso el sol de la pasión que hirió sus sienes delicadas la agostó, destruyendo los pétalos de su alma!

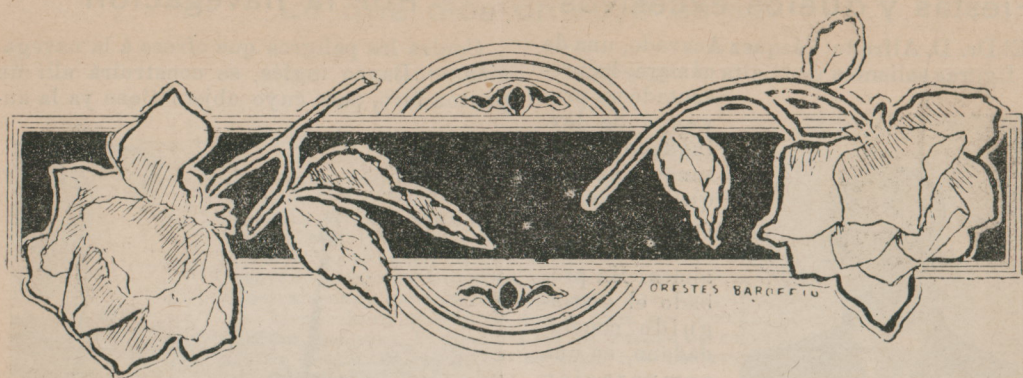
¡Pobre niña, que no creyó más que en una sola primavera del amor!

No habían corrido para su vida muchas horas más de las que habían pasado para la candorosa enamorada de Romeo. Su drama, que conmueve profundamente y suscita lágrimas, reclama la lira de los poetas para ser cantado, é invita á las virgenes á esparcir sobre su sepulcro las flores de la piedad, de la simpatía, de la ternura.

Ahí tenéis la copia de su rostro hermoso.



Srta. Juana Olascuaga



Recuerdós del Hospital

Anoche, á la puerta del Hospital, llegó presuroso un individuo á buscarme: venía de lejos, á juzgar por lo fatigado que se encontraba el caballo que regía. Rápido, al verme, me dijo:

—Vengo en busca de usted. El hijo de mi hermana, la señora de M. está muy malo y urge la presencia de un facultativo.

Monté á caballo y me decidí á seguirle: por el camino me dió detalles.

La madre del niño era una joven bellísima á la que conocimos diez años há, en los salones donde brillaba como un astro:

Casada por amor con Rafael de M... aquel amigo á quien tanto queríamos, y que cursaba Derecho en nuestra época, habían tenido seis hijos. Rafael murió hace un año á consecuencia de «un padecimiento crónico del pecho», me decía mi acompañante. De los niños, sólo quedaba el que ahora estaba muy grave. Los otros habían fallecido entre el tercero y quinto año de nacidos. Todos morían igual, con los mismos síntomas: altas temperaturas, fenómenos cerebrales, un grito.

Ahora, el enfermito, sólo tenía una fiebre que volaba.

La relación de aquel hombre me conmovió. Cerré los ojos y me resigné: tuve que acudir á todo mi valor y decidirme á presenciar un cuadro de desesperación y muerte.

Llegamos: en un cuarto lujoso, sobre blanca camita, estaba el pobre niño demacrado, con el rostro contraído y la mirada fija, lanzando á menudo un grito seco, agudo...

A su lado, loca de dolor, siguiendo con ansiosa mirada los progresos del mal, había una pobre mujer, delgada, con las facciones descompuestas por la mayor de las angustias.

No se dió cuenta de nuestra presencia: sentada sobre el lecho en que estaba postrado su hijo, mirándole, procuraba darle vida con su aliento; parecía la representación del mayor de los dolores: era una madre que veía morir al hijo de su corazón!

Ella que había asistido á las enfermedades de sus hijitos muertos; ella, que, paso á paso, había seguido el terrible curso de sus dolencias y que había visto como con inevitable fatalidad se sucedían los síntomas y que veía al médico en esos casos, resignado é impotente, presenciar el desastre sin tener recursos que oponerle; ella, que con corazón de madre había penetrado en la causa que provocaba aquella afección cerebral que, uno por uno, le había arrebatado á sus hijitos todos, podía, con el corazón hecho pedazos, con el alma desgarrada y el cerebro trastornado, seguir el curso del mal, minuto por minuto, hora por hora...

De pronto levántase: fuerte contracción la domina; lleva sus manos á la cabeza; una congestión ahoga su voz; me acerco á su lado; pretendo consolarla; tomo entre mis manos el niño; lo examino; pero ella me dice:—Poco queda, se me va... vea sus ojitos vizcos; su mirada vaga, su cabecita hacia atrás...

Acercándose nuevamente á la camita, toma entre los brazos á su hijito: comienza á arrullarlo como en los días de felicidad y calma. Y lo llamaba con voz dulce: con los más cariñosos nombres: besaba sin cesar aquella cabeza abultada: le hablaba de sus juguetes, de sus amiguitos, de sus vestidos...

Le cantaba su canción favorita: le mecía en sus brazos, acariciando su carita...

Estaba ella con el rostro riante: alzaba al niño y le contaba sus esperanzas de verlo hecho un hombre robusto, admirado de todos, por todos amado... Sería un genio, un artista ideal.

Llamaría la atención por su gallardía, por su talento, por sus méritos...

Con cariñoso afán le interrogaba: reía con risa enferma: saltaba con epilépticas contracciones: hablaba con precipitación...

El niño respondía á las palabras de cariño, á las miradas amorosas con grito agudo y breve...

Al cabo de cuatro horas murió el pobre niño: fué cerrando sus ojos; paralizáronse sus miembros, y en su garganta se ahogó el último quejido, que ya débil, fué apenas oído...

La madre seguía acariciándole, arrullándole... Seguía hablándole del porvenir; de cuando fuera un hombre...

Besaba su cabeza fría, su frente helada...

Me acerqué á su lado, pretendí hablarla. ¡Estaba loca!

Volví triste y emocionado al Hospital.

Me acordaba de cuando diez años antes conocía á aquella mujer en la esplendidez de su juventud; llena de felicidad y de vida, por todos admirada... La veía ahora envejecida, con el rostro lleno de arrugas, la cabeza blanca, triste y desesperada.

Era joven, rica, bella...

¿Qué podía haberla llevado á la vejez, á las puertas del sepulcro? ¿Qué la arrebataba á la juventud, á la vida?

La más infeliz de las mujeres, la pobre mendiga que llora el pan de sus hijos, la obrera que necesita rendir penosa tarea para alimentarlos, la más deforme de todas las mujeres, la más abandonada de las enfermas del Hospital, no podía compararse con esa mujer, rica y joven, que no volvería á oír la voz de sus hijitos cuando balbucean las primeras frases... Las otras, la mendiga, la obrera, la pobre hospitalaria, podrían después de la peregrinación en busca de la limosna, del trabajo rudo, ó en horas de visita al hospital besar á sus hijos, oír sus vocécitas... pero ella... ¡no! Sólo le quedaba el recuerdo de los amargos quejidos, de los sufrimientos prematuros de los hijos adorados!

¿No preferiría trocar sus riquezas, su belleza y su juventud; convertirse en harapienta mendiga, con tal de poder posar sus labios en la cabeza con vida y escuchar los latidos del corazón del amor de sus amores?...

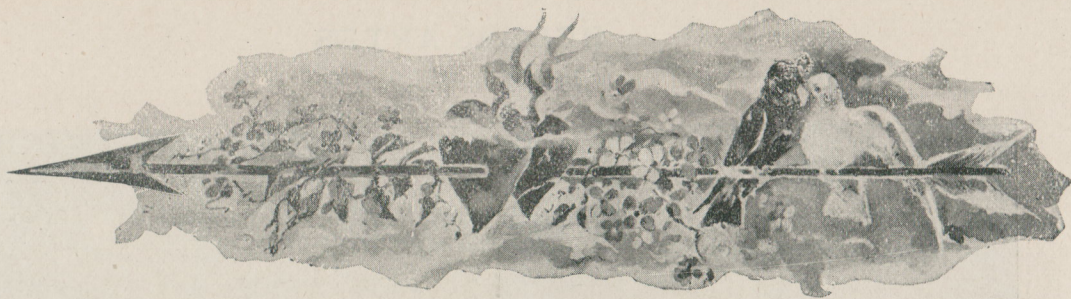
José ANT. LÓPEZ

Habana.



ENTRE VIEJOS IN-FOLIOS

Cuadro de Ed. Grussner



EL NIÑO DEL TANGO

(ESBOZO ANDALUZ)

Al aire sus harapos, contraídos los miembros y reflejando en el semblante una íntima sensación de placer, cantaba y bailaba Pepín, en la puerta de la venta sevillana.

El niño, el *niño del tango*, como le llamaba cariñosamente el barrio de Triana entero, apesar de su aspecto de mocetón, realzado por una recia musculatura, era jaleado por un grupo de hombres borrachos que reían con sus mujeres, bajo el verdoso emparrado de la venta, calentados por un sol pobre, de invierno, que blanqueaba la campiña, y allá, á lo lejos, proyectaba sombras negras entre los cipreses que se enseñoreaban tras de las tapias del cementerio de la alegre ciudad de Sevilla.

Las coplas de Pepín, sentidas, alegres como notas de guitarra, divertían á la reunión, y la fiesta se prolongaba como todas aquellas de las que era el alma el *niño del tango*, hasta concluir con las sombras de la noche, marchándose los borrachos á lo largo del camino, balanceando sus cuerpos al són del estribillo de un cantar picaresco, mientras caía Pepín sobre la carretera, harto de vino, falto de sueño y apretando entre sus manos convulsas unas monedas de cobre que la chusma borracha le dió para comprar pan.....

Y como hasta el presente había vivido Pepín, así siguió viviendo vituperado por los moralistas; él, pobre huérfano, rudo, sin instrucción, que cantaba y bailaba para comer y bebía por condescender con los que le pagaban.

Algunas veces le hablaron de enmienda, de trabajo, de la justicia divina, pero aquellos sermones, sin cariño, sin educación y sin dinero, eran estériles y Pepín reía con risa de pilluelo, enseñaba sus arapos, y aguardaba con la estoicidad del predestinado, una cruenta expiación de todas las culpas que le imputaban los asustadizos graves que reprimaban al *niño del tango*, zamarreándole la chaqueta, y compraban juguetes fastuosos á sus pequeños.

Y, véase por donde, en el presente caso, es fama que el pecador *niño del tango* hubo de quedar purificado.

Herido por largas y continuadas vigiliias, fatigado por el cantar, su pecho enfermó.

A los cantos alegres siguió la tos cavernosa, y el *niño del tango*, despedido de todas las reuniones, quedóse en los bancos de la venta, como perro sin amo, recogiendo las migajas que el ventero arrojaba al camino.

El chiquillo tosía como un desesperado, con un toser de viejo que sonaba en los oídos de los juerguistas á canturreo funerario y se pensó en echarle del tabernucho para que no molestase á la reunión.

Mas el *niño* lloró como una mujer, hizo juramento de no toser más y, ansioso de apegarse en la venta, considerándola como último asilo suyo, prometió alegrar á la concurrencia con sus antiguos cantos de pájaro, y sus contorsiones gitanas.

La idea fué acogida con carcajadas, los vasos llenos de aguardiente corrieron de mano en mano, y el *niño del tango* puesta su mirada en el semblante adusto del ventero, bebió de aquel líquido, que tanto daño le hacía, sin pestañear, con entereza de hombre habituado á los sacrificios.

Luego, comprimiendo la respiración para ensordecer una tos que le quería desgarrar el pecho, lanzóse bajo el verdoso emparrado de la venta y se dió á bailar su tango favorito con ansias juveniles, con deseos de volver por su antigua fama y de ganar dinero.

La alegría subió de punto; á los piés del *niño del tango* arrojaron las mujeres sus mantones de Manila de color de cielo y, ya anochecido, cuando los borrachos dormitaban Pepín, que seguía bailando, fija su mirada en el ventero como desafiándole para que le arrojase ante un público que se había conquistado, se llevó las manos al pecho, tosío y echando una bocanada de sangre cayó desplomado.

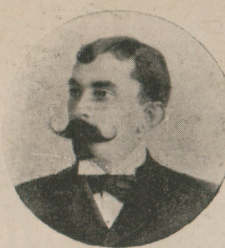
Los borrachos corrieron; el ventero, aterrizado, cerró las puertas del tabernucho, y el cuerpo del niño quedó junto á los mantones de manila de color de cielo, reflejando en su semblante la última mueca de un placer ficticio y dando sus guiñapos al aire que allá, á lo lejos, hacía crugir los cipreses que se enseñoreaban tras de las tapias del cementerio de la alegre ciudad de Sevilla.

JUAN ORDUÑA

Azahares



Margarita Safons



Salvador Requena



María C. Drutenit



Manuel E. Melgar

Han circulado en nuestros círculos sociales las invitaciones para asistir á la ceremonia del enlace de la señorita Margarita Safons

Correa con el caballero Salvador Requena, y de la señorita María C. Drutenit con el señor Manuel E. Melgar (hijo).



Luisa C. Spinelli

Otro nido que se entreteje en la floresta del amor, y que estará pronto para el 20 del presente.

Ese día celebra su enlace la señorita Luisa C. Spinelli con el teniente don Vicente Puppo.



Vicente Puppo

Matrimonial

El 6 del corriente se efectuó la boda de la interesante señorita Petrona Luengo con el caballero José Pedro Rodríguez.

El acto religioso, efectuado con toda pompa, fué presenciado por numerosas y distinguidas familias de la relación de los novios, á los que se obsequió con valiosos regalos.



Petrona Luengo



José Pedro Rodríguez

CURIOSIDADES

Acaba de registrarse en Darhna un caso patológico bastante curioso.

Un acróbata sordo-mudo, á consecuencia de un accidente sobrevenido en el ejercicio de su profesión y de resultados del cual ha estado varios días sin conocimiento, ha recupera-

do, al recobrarlo, el oído y don de la palabra.

Lo curioso de este incidente es que dicho acróbata quedó sordo-mudo por efecto de la explosión de una máquina que mató á cuatro de sus compañeros que trabajaban en el mismo establecimiento industrial.

Profesor de esgrima

El cinco partió para Europa el distinguido profesor de esgrima Enrique Casati, á quien despidieron en el muelle y acompañaron hasta á bordo muchos de sus amigos y discípulos.

Casati es un verdadero enamorado de su arte. Tiene la pasión de la esgrima y el anhelo de sus adelantos. He ahí la razón de su viaje, que durará algunos meses.

Visitará las salas de esgrima de París, como así mismo las de las principales ciudades italianas. Su propósito es ponerse á la última palabra de su arte, é implantar luego en esta ciudad, donde tiene tantas vinculaciones, los progresos que observe en su gira.



Oficial preso

Ahí está el retrato del teniente Enrique Patiño, que ha tenido la notoriedad de una semana por su prisión en la fortaleza del Cerro. Se le creyó autor de artículos violentos aparecidos en el *Juan Lindolfo* contra el presidente de la república.



Enrique Patiño

Montevideo saneado

El ingeniero don Juan Monteverde, un laborioso que honra el país, y cuyos proyectos científicos están generalmente ligados á alguna gran empresa nacional, de utilidad inmediata y para el futuro, ha presentado renuncia de la designación de su persona para concurrir con el Departamento de ingenieros al estudio de las obras de saneamiento de la ciudad, en relación con las obras del puerto.



Ing. Juan Monteverde

El ingeniero Monteverde se propone hacer publicaciones

en defensa de su estudio sobre obras de saneamiento, tratando de probar, no sólo la excelencia de su trabajo sobre el de Guerard, sino también su economía. El estudio del señor Monteverde demostrará que las obras cloacales, según su proyecto, abarcarían una

extensión mucho mayor de la ciudad, que las proyectadas por el señor Guerard, y costarían dos millones menos de francos.

Seguridad Pública

El jefe político de la capital, coronel Barraza, ha sometido á la consideración del poder ejecutivo, un proyecto de aumento y reorganización de las policías de la capital. El crecimiento de la población, exige que el proyecto sea despachado favorablemente. El personal actual es muy escaso, y su servicio tiene por eso que resentirse forzosamente.



Coronel Barraza

Renta de timbres



Julio B. Sosa

Presentamos el retrato del procurador de la dirección general de impuestos directos señor Julio B. Sosa, en ocasión de haberse resuelto la denuncia que formulara contra los señores Giannelli y C.^a por defraudación del impuesto de timbres correspondientes á un documento extendido en papel simple y rela-

tivo al concordato celebrado por aquellos señores.



Carlitos Salvagno



Celia y María Elena Cristi



María Elida Chirivao

El dinero

En París, en Berlin, en Viena, en todas partes, se instruye el proceso del dinero. Es el gran corruptor y el gran culpable del día.

El famoso escritor francés Paul de Saint-Victor, en sus *Hombres y dioses*, hizo la historia del dinero y trazó, con evocadora pluma, el papel que ha venido desempeñando desde la Edad Media hasta nuestros días.

He aquí alguna de aquellas páginas brillantes.

La Edad Media personificaba el dinero en el judío expoliado, perseguido, insultado, vestido con traje irrisorio, encerrado en la prisión del Ghetto. Aquella sociedad no hacía distinción entre la banca y la usura. El odio que abrigaba hacia «el hombre de dinero» se manifiesta ostensiblemente en los cuadros, donde los pintores flamencos del siglo xv lo han representado con tanta frecuencia, según la tradición dominante entonces. Es, de ordinario, un viejo sombrío, vestido de una túnica, con cinturón de cuero, con un gorro estrafalario metido hasta las cejas.

Su rostro está plegado en sospechosas arrugas; sus ojos agrandados por las antiparras, que descansan sobre una nariz delgadísima, tienen el brillo y la fijeza de las aves nocturnas. Una barba abarquillada termina en tenazas su rostro gester. Se ve sentado ante una mesa sembrada de monedas. Sus dedos descarnados, se alargan sobre su tesoro. Parece calentarse como sobre un brasero.

Detras de él, por cima de su hombro, se inclina su mujer. ¿Es una mujer? La avaricia ha borrado todo vestigio del sexo sobre aquella cara, cruzada de surcos. Sus ojillos grises despiden relampagueos metálicos. Se echaría una moneda en su estrecha boca como en la hendidura de una hucha.

La horrible pareja se asemeja como un solo rostro, como las efigies de dos monedas diver-

sas acaban por parecerse, roídas por el roce y el frotamiento de los mercados.

Esta efigie infamante la encontraréis por todas partes: en las pinturas, los cuentos, las crónicas, las fábulas de la época.

La Edad Media condenaba el dinero á la esterilidad; desde que procuraba multiplicarse, era perseguido y excomulgado. No pudiendo comprender la trama de los negocios, se echaba la gente á adivinarlos. Creía cosa de magia las primitivas operaciones de la banca naciente.

Los misterios del capital acrecido por sí mismo, inquietaban como los fenómenos de una alquimia peligrosa. Sólo el judío poseía el secreto del oro en aquella edad de hierro. El judío había inventado el crédito, esta álgebra de la riqueza. Poseía las llaves de los misteriosos bazares de Oriente.

El Ghetto levantando la masa negra de sus sórdidas viviendas en medio de la ciudad, se parecía á aquella montaña imantada de las *Mil y una noches*, que atrae los ferrajes de todos los bajeles esparcidos sobre el mar. Los ducados y las riquezas de la ciudad se filtraban sobre el Ghetto por conductos invisibles.

Tarde ó temprano, el señor soberbio, el Duque omnipotente, que hubiera mandado lavar su casa si un judío hubiese entrado en ella, tendrá necesidad de acudir al judío en busca del dinero para pagar su rescate de prisionero, ó para levantar una mesnada. Entonces pasaba el necesitado noble bajo las horcas caudinas de la judería. Esperaba á que llegara la noche, llamaba á las puertas de Isaac ó Nathaniel, del hombre terrible, de quien se decía que agujereaba las hostias y, el día de Viernes Santo, crucificaba á un niño.

Un viejo, trayendo una lámpara, venía á abrirle, después de haber mirado por el ven-

tanillo, semejante á un ojo en acecho. Ya no era el paria sórdido que, durante el día, se iba por las calles con la cabeza baja, el paso furtivo, rozando con su túnica las paredes. El turbante de los patriarcas cubre ahora su calva frente: la veste flotante del oriente le da aspecto de juez ó de sacerdote.

Resplandece la casa con los vasos, con las telas de Asia; exhala el perfume que traen los navíos cargados de géneros de la India. Detrás de una cortina transparente aparecía una cabeza de virgen, de nariz aguileña, de ojos de diamante; era la hija de los dueños de la casa que, curiosamente, miraba al extranjero.

El judío y el cristiano, sentados uno al lado del otro, discutían el préstamo en cuestión, á las luces de un candelabro de siete brazos, imagen del candelero bíblico. Y, con frecuencia, el patrimonio señorial, con sus campos, sus villas, sus estanques fértiles y sus bosques frondosos, se iban pedazo á pedazo al cofre de donde el hebreo sacaba el saco del dinero prestado.

Nada acreció tanto el odio contra los judíos como esa ciencia de la riqueza, que ellos solos conocían. En algunos Estados de Europa, príncipes necesitados, agotados sus recursos, tomaban á veces un judío por tesoro, lo mismo que si les hubiera herido una enfermedad mortal, no hubieran vacilado en llamar á su lecho de dolor á un curandero ó á un astrólogo.

El Moisés financiero hacía milagros: transformaba en ducados los maravedíes y sacaba oro y plata de los pueblos estériles. ¡Mas á qué precio! ¡A costa de cuánta execración y despertando cuánta cólera! Oid este grito de furiosa angustia, lanzado por un poeta español contra el fisco israelita de don Pedro de Castilla, cuando nombró por ministro suyo al opulento Samuel Leví: «Ahí vienen los judíos á beber la sangre pobre de los pueblos afligidos».

Cuanto más se aproxima la edad moderna, tanto más crece la influencia universal del dinero.

Inglaterra coloca sus armas en la panoplia feudal, y conquista las Indias desde un escritorio mercantil. Holanda no es más que un taller inmenso y un hervidero comercial.

Los negocios entran de tal modo en la política, que por completo se identifican con ella. La riqueza se convierte en una abrumadora influencia pública, adquiriendo predominio soberano.

Algunos mercachifles inclinados sobre un mapa, en un sombrío bufete del *Fest-India House*, se repartían reinos, y en una hora trastornaban más los pueblos y las fronteras, que después de una guerra un Congreso europeo.

Ese negociante de Amsterdam, que fuma la pipa humeante en el portal de su tenducha, en Europa es un *tendero*, en Java es un *nabab*, un príncipe, casi un rey.

La irrupción del dinero en Francia fué más difícil que en aquellas naciones. Todo le creaba obstáculos: la aristocracia, las ideas, las costumbres y la misma timidez comercial de los franceses de antaño. Además, el dinero, entonces, se personificaba en los tratantes, tan execrables y odiosos como los judíos y los lombardos, sus progenitores morales.

Los tratantes hacían reír en el teatro, bajo la máscara de la comedia, y nada tenían, sin embargo, de risible. Eran los verdugos del Fisco, los verdugos del dinero trágico y cruel. Reinaban con tiránica rapacidad en sus dominios de impuestos y gabelas.

Sus privilegios eran una concusión sagrada: el presupuesto de Francia tal cual ellos lo habían organizado, un régimen de pillaje. El pueblo era para ellos una finca, podían apurarlo hasta dejarlo en los huesos, sin responsabilidad alguna. Sus fraudes producían fortunas repentinas é inverosímiles y lo ponían en relieve altanero con sus fastuosidades y sus lujos impúdicos. Los millones que habían robado aparecían allí petrificados y palpables.

El dinero, laborioso y patriótico en Holanda é Inglaterra, en Francia era egoísta é infecundo.

Hoy, el dinero se ha emancipado; su prodigiosa difusión lo ha hecho universal, lo ha convertido en un elemento. La ola de los negocios, encerrada antes en una corporación sospechosa, se ha desbordado rompiendo las gerarquías y las clases.

La hacienda no es ya patrimonio de una secta: es un bien nacional. El capital ha salido del abismo en que se envilecía, envileciéndolo todo, y ha metamorfoseado la naturaleza.

Este oro durante tan largo tiempo dormido é inerte, ha despertado y huido de las arcas del avaro, rompiendo las cerraduras y atravesando las piedras.

El crédito, ideal del dinero, inspira confianza al escudo suspicaz y rutinario. Le hace creer en una idea, en un invento, en un descubrimiento, y con esta promesa se arroja al ensueño y á lo desconocido.

Sobreexcitadas por él, las cifras tienen alas para subir muy alto y mirar muy lejos, adivinando el porvenir. El *descuento* le abre el camino y tiende el puente de oro por donde pasa el sueño á ser realidad.

Los torrentes de todos los intereses confluyen á la Bolsa, que los mezcla y los cruza, reteniendo sus verdades, disipando sus quimeras, y dando en suma, al metal inerte hervores de vida y robustez.

En frente de la antigua *Fortuna*, regular y hereditaria, se ha levantado la *Fortuna* nueva, rápida como la ocasión, tornadiza como la opinión, cuyos movimientos refleja y obedece. El dinero era una casta, y hoy es una democracia. Mammón se llama hoy «Legión», como el demonio de la Escritura y el Pandemonium, suyo es el mundo renovado.

PAUL DE SAINT VICTOR

A mí... con lá-uña

Pero si si-habrás cráido la china sonsa, esa, qui á mí me v'agarrar pa la sota é bastos ó pa la cachetada!... Puede... que tronando llueva! Al mejor pa que le vengan con peringundines y sulevadas!...

Que si afile y si hamaque todo lo que quiera, que lo qués yo no soy hombre de dejarme regañar por las mujeres, y mucho menos por-ella que no le veo pieses pa bailar malambo, ni uñas pa pelar mondongo!

Yo, á buenas, soy como el pan, ó como la miel di-abeja que se come hasta sin hambre; pero en tocante á amor propio... agarrate Catalina que vamos á galopiar! no mi la doblegan hasta la hora presente ningunísima mujer por muchos firuletes con que se me dejara caír.

Yo soy asin, derecho viejo, sin vueltas ni cáidas, y cuando alguna se mi anda torciendo como guampa é carnero, le chiflo la del espiente... y adios prenda qui-hace frío! por qui amigo, el cristiano macho que li anda dando mucha importancia á la mujer y rogandolé y mimandolé, y de mucho mi china p'acá y mi prenda p'allá lo que saca es que se lo palpitén pa zanagoria ó pa turco con cajoncito. Por eso yo en tocante á mimitos... soy largo como mango é bocha.

El hombre sonso, pa mi parecer, es como el queso é bola: se le saca hoy un pedacito, mañana otro y pasado otro, hasta qui acaba por no quedarle mas que la cascarita. Y bueno, dispues cuando no tiene nada adentro lo tira usté á un rincón pa que lo lan ban los perros. Pues asin hacen las mujeres

si usté no les dá, el asopenaso á tiempo: cuando lo há pelau bien me lo gira como por un canuto y si-arrecuesta á otro ande haiga que pellicar.

Comigo, ya sabe, nu-hay chuchó: ó la de marchar como marca la ordenanza ó meli-atraco una de linia sin permiso el sargento. Y en seguidita si t'he visto no mi acuerdo! por que yo no sirvo pa faire predicador. Ya l'otra tardecita cuando la vide muy redetida y de puro p'no crea, joven! y de mucho que me duele un callo, batiendo juerte con el manate aquel, que se la estaba contando lunga y dandolé betun, me vinieron asin unos impetus de cargarle el carro é leña, y si no lo hice fué pensando qui uno nu-es mas qui un triste guardia civil, y me contenté con previnirselo; pero si la vuelvo á mancar otra vuelta, le viá dejar recuerdo pa rato. Por que yo soy bueno, se prudenciar y todo lo que se quiera; no soy capáz de maltratarla é vicio ni darle mala vida celandolé al santo botón; pero eso de que mi-agarren de pipiolo... es mucho por dos vintenes!

Con qui-asin, china—le viá decir esta noche—ojo que la vista engaña, no ti-andés dando mucho corte no sea el diablo que te tape la olada; mirá qu'esta gente nu-es como la otra, y yo no paso por ciertas cosas. Ya sabés que te quiero mucho y mi-hallo dispuesto á'cer cualisquier sacrificio por vos, no siendo refilarte chafalonía por que nu-hay... tiempo como el verano; pero á mí, mi prenda... con lá uña!

AGAPITO QUINCOCES



Un Pic nic

El domingo próximo pasado se celebró un interesante Pic nic en Punta de Carretas, en la quinta del señor Freitas.

Concurrieron numerosas señoritas de la capital y muchos jóvenes de buen humor, lo que quiere decir que la fiesta resultó animadísima y dejó gratos recuerdos.

Uno de nuestros colaboradores fotográficos tomó varias vistas, de las que ofrecemos en este número las tres que acompañan estas líneas.



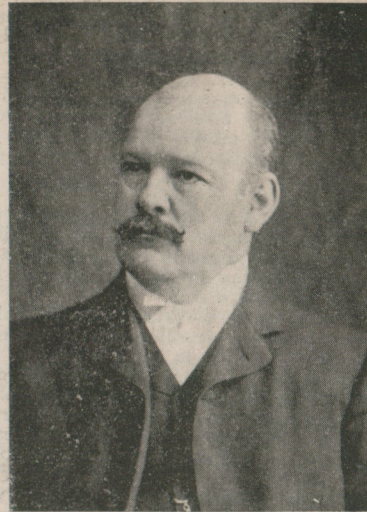
Fotografías de Argente.

El Doctor Miguel Lapeire

Presentamos á los lectores de LA ALBORADA el retrato del doctor Miguel Lapeire, director de Salubridad, que, en su campaña contra los envenenadores de la salud pública, ha demostrado una energía y actividad dignas del mayor encomio.

Merced á su celo incansable, han llegado á descubrirse sucios negocios en los que aparecían complicados empleados poco escrupulosos, que inmediatamente fueron destituidos. Naturalmente, los perjudicados, los que han visto desaparecer sus negocitos, han puesto el grito en el cielo y de ahí que algún diario haya salido á la defensa de los envenenadores públicos, aunque de una manera muy débil. Era de esperarse; los complicados en el negocio no podrían quedar callados.

Pero quédese la satisfacción al doctor Lapeire, de que toda la prensa y toda la población lo acompañan en su tarea, con sus aplausos y sus simpatías.



El concurso de esgrima

COMITÉ EJECUTIVO



Juan F. Rolando, Peregrin Rivas y Antonio Gabrielli

Los grabados que acompañan estas líneas representan el Comité Ejecutivo, compuesto de los señores Juan F. Rolando, Antonio Gabrielli, Pelegrin Rivas, y varios de los premios que se adjudicarán á los vencedores.

Dados los preparativos que se hacen es de esperar que el Torneo Nacional de Esgrima resulte todo un acontecimiento.



Próximamente debe efectuarse en esta capital un Torneo de esgrima, para el que se cuenta con el concurso de los más reputados profesores y aficionados.

Cada uno manda en su casa

I

No sé precisamente en qué año del pasado siglo vino de España á esta ciudad de los reyes un mercenario, fraile de mucho peso y gran cogote con el título de Visitador general de la Orden. Lo de la fecha importa un pepino; pues no porque me halle en conflicto para apuntarla con exactitud, de ser auténtico mi relato. Y casi me alegré de ignorarla.

Traía el padre Visitador pliegos del rey y rescriptos pontificios que le acordaban un sinnúmero de atribuciones y preeminencias. Los hijos de No-

lasco lo recibieron con grandes festejos, loas y mantel largo, novillos en la plazuela, *catimbaos* y *papahuevos*, y qué sé yo qué otras boberías.

El ilustrísimo arzobispo, más que por agasajo al huésped, por desentrañar hasta qué punto se extendía su comisión, fué á visitarlo con gran ceremonia y lo comprometió á que tres veces por semana habían de almorzar juntos en el palacio arzobispal.

Para encarecer la importancia del fraile, nos bastará apuntar que tenía el tratamiento de excelencia, según lo testificaban papeles y pergaminos.

No me atrevo á asegurarlo, pero mis razones

tengo para sospechar que su excelencia el Visitador no pudo ser otro que fray José González de Aguilar Flores de Navarra, teólogo del rey, señor de las baronías de Algar y Escala en Valencia y (¡ahí es rana!) grande de España de primera clase.

La primera mañana en que debían almorzar en cordial compañía el ilustrísimo y el excelentísimo, vino el coche de aquél á la puerta de la Merced poco antes de las ocho, y el Visitador se arrellenó en los mullidos cojines.

Llegado al salón del diocesano y después del cambio de saludos y más borondangas de etiqueta social, dijo el Visitador:

—Por no hacer esperar á su ilustrísima, heme venido sin celebrar el santo sacrificio.

—Pues tiempo hay para que su excelencia cumpla en mi catedral la obligación.

Y un familiar acompañó al mercenario, y por el patio de los Naranjos penetraron en la sacristía; revistiéndose, y ayudado por un monacillo dijo misa en altar mayor.

Cuando á las nueve se congregaron los canónigos en el coro y supieron lo que acababa de ocurrir, quisieron agarrar con las manos los cuernos de la luna. «¡Cómo!—gritaban furiosos—¡Tener un fraile el atrevimiento de decir misa en nuestro altar mayor!»

Aquello, para orgullo de los canónigos, era una cosa que clamaba al cielo y no podía quedar así como así.

Después de almorzar suculentemente chicharrones, tamales y pastelillos, *sanguito de ñajú* y otros apetitosos guisos de la cocina criolla, se despidió el comensal y entraron los indignados canónigos con la queja, y con sus aspavientos y recriminaciones le pusieron al bonachón arzobispo la cabeza como una olla de grillos.

A su ilustrísima un color se le iba y otro se le venía; pues en puridad de verdad, la culpa en gran parte era suya, porque no se le ocurrió franquear al celebrante su oratorio particular. Los de la querella sacaron á relucir cánones y breves y reales cédulas y demás garambainas, y se acordó, tras larga controversia, que si al Visitador se le antojaba volver á decir misa en la catedral, lo hiciese en el altar portátil.

La cuestión se hizo pública y llegó, como era natural, abultada con notas, apéndices y comentarios, á oídos de su excelencia, quien por el momento adoptó el partido de no volver á pisar el palacio arzobispal, mientras le llegaba ocasión propicia para sacarse el clavo.

II

Y pasaron algunas semanas, y cuando ya nadie se acordaba de lo sucedido, amaneció un domingo, y el Visitador se levantó muy risueño, diciendo que entre ceja y ceja se le había metido hacer en el acto un reforma en su iglesia.

Y convocando secretamente una docena de carpinteros, mandó que cercasen de tablas el altar de Nuestra Señora de la Antigua, que se halla situado cerca de la puerta, independizándolo de la nave central y del resto del templo.

Los dominicos disputan á los mercenarios la antigüedad de residencia en Lima; pero es punto históricamente comprobado que la primera misa que se dijo en nuestra capital fué celebrada por el religioso de la merced fray Antonio Bravo; quien en 1535 era ya el padre Miguel Orenes provincial ó comendador de la orden, y que cuando en 1541 fué asesinado el conquistador Pizarro, los mercenarios, á quienes se tildaba de almagristas, tenían ya casi concluida la fábrica del convento é iglesia, invirtiendo en ambas la suma de setecientos mil pesos. Sigamos con la tradición.

Los frailes murmuraban *sotto voce* que á su excelencia se le había barajado el seso; pero el respeto les impedía hacer la más ligera observación al mando del superior.

Al día siguiente estuvo terminado el cerco y con su respectiva puertecita. Los obreros habían trabajado toda la noche.

Era ese el primero de los tres días de rogativas que proceden á la fiesta de la Ascensión del Señor, y según rito, el arzobispo y su coro de canónigos iban por turno á las iglesias grandes. Aquel lunes la ceremonia correspondía á la Merced.

El comendador con todos sus conventuales salió á la puerta del templo á recibir solemnemente la visita; pero su excelencia se quedó tras la cancela. La comitiva iba á dirigirse por la nave central en dirección al altar mayor, cuando el Visitador le atajó el paso diciéndole:

—¡Alto ahí, que no es ese el camino!

Y volviéndose hacia el arzobispo añadió:

—Ilustrísimo señor: Pues los canónigos no hallan bien que un fraile celebre en su altar mayor, yo he resuelto que ellos no puedan oficiar sino en la puerta de mi iglesia!

—Pero, señor excelentísimo...—balbucaó el arzobispo.

—Nada, ilustrísimo señor. Cada uno manda en su casa.

—Y Dios en la de todos, hermano—murmuró un maestro de capilla.

Y no hubo tu tía. El arzobispo y los canónigos dieron media vuelta y se dirigieron á hacer las rogativas en otro templo, que si no estamos mal informados fué el de la Concepción.

Parece que los canónigos conservan desde entonces tirría tradicional á los mercenarios, y que no quieren perdonarles la arrogancia del Visitador. Buena prueba es que no han vuelto á celebrar las rogativas en la Merced.

RICARDO PALMA

El ganador del premio "Ensayo"

En las últimas carreras efectuadas en el Hipódromo de Maroñas, resultó ganador del premio «Ensayo» el caballo *Uruguay*, un hermoso ejemplar de su especie, hijo de *Progreso* y *Conformidad*.

Desde que se dió la señal de partida pudo el público darse cuenta de que *Uruguay* vencería á sus competidores, y cuando, victorioso, llegó á la raya, fué recibido con nutridas salvas de aplausos.

LA ALBORADA ofrece el retrato del valiente animal, tomado momentos después de su triunfo.



«Uruguay»—Ganador del clásico «Ensayo»

vi pasar delante de mi el cadáver de mi antiguo ser, yo mismo amortajado en los velos de mi primer amor, y por doloridos tras mis despojos, dos ojos negros, los ojos de Aldina, que reían lágrimas irónicas.

La visión pasó, mi alma se había reencarnado por el amor creador é inmortal; en mis nervios sentí una tempestad de anhelos; atraje hacia mí la cabeza angélica de mi prima, y en los corales de su boca estalló de la mía una centella.

Ella me devolvió dulce y castamente aquel primer beso de mi alma nueva, y con voz ternísima, me dijo:

—¿Querrás morir ahora?

Nos besamos otra vez; no, miento; muchas veces nos besamos, y á cada encuentro que ocurre, y son á menudo, volvemos á besarnos.

He aquí, Jorge amigo, la historia de este casamiento que tanto te ha sorprendido y hecho temer por mi integridad cerebral.

—¿Y Aldina?—me preguntarás.

Aldina se casa con Carlos.

Ella y yo estamos á partir un confite. No le guardo rencor por aquel malvado beso detrás del bambú.

Por el contrario, el dichoso bambú es ahora el sitio consagrado á nuestros ensayos generales. Si oyeras que cuartetos formamos de uno y otro lado del pobre árbol, el cual divide el escenario, como en el famoso cuarteto de Rigoletto.

¿Comprendes ahora porque te encargo que el ramillete de mi novia tenga rosas, lirios y miosotis?

Tengo la obsesión de lo azul. El primer cuadro que pinte, temo resulte alguna celeste barbaridad.

Tuyo de corazón —Alfredo.

NICANOR BOLET PERAZA

POR EL MUNDO

NECRÓPOLIS CANINA

(De un artículo de Paul Stark del «Welt Spiegel»)

«Llenos de un dolor profundo participamos á V. la muerte de nuestro querido y fiel amigo Loulou, que tantas yidas había salvado, poseído de un delicado amor á la humanidad.

«Sus despojos serán sepultados con toda pompa en la Necrópolis canina de Asnières, cerca de París».

Llenos de admiración quedaron cuantos recibieron esta tarjeta fúnebre originalísima, y tuvieron curiosidad de visitar el cementerio de los animales.

Se penetra á esta región funeraria por un elevado pórtico marmóreo. El cementerio se divide en 4 secciones: la de los perros, la de los gatos, la de los pájaros y la destinada á los demás animales domésticos.

Los monumentos no carecen



en este sentimental verso

«...Mets ton cœur près du mien,
Et seul pour nous aimer, ai-
mons-nous, mon chien».

El terreno para una sepultura, cuesta por término medio un centenar de francos y de 300 francos para arriba un monumento.

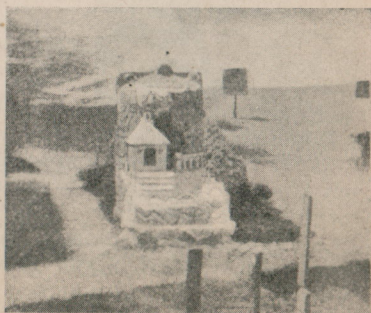
En la sección perruna es donde abundan las inscripciones y los monumentos; en la de los gatos apenas si se encuentran algunas pocas, humildes y nada expresivas; en la de los pájaros ni una sola y en la general, digámosle así, no se encuentra más que el vacío sobre aquella tumba que reboza de llena.

Recomendamos á nuestra benemérita sociedad protectora de los animales, el estudio de un proyecto de cementerio, donde puedan descansar todos aquellos que en vida fueron útiles á la humanidad.

de gusto artístico, ni de epitafios tiernos y conmovedores: entre éstos los hay de Voltaire; uno de Victor Hugo sobre la tumba de un terrancova, que dice:

«Le chien c'est la vertu, qui, ne pouvant se faire homme, s'est fait bête».

Otro firmado por Lamartine, está concebido



Las historias de Juan María Cabidoulin

POR JULIO VERNE — (CONTINUACIÓN)

—Ha procedido usted sábiamente, Heurtaux — dijo M. Bourcart, — y no faltaré á la cita... M. Brunel, con permiso de usted voy á retirarme.

—Vaya usted, mi querido capitán — respondió el oficial del puerto. — Tengo el presentimiento de que no tardará usted mucho en vencer las dificultades que impiden su partida.

—Por ahora, á medias solamente, monseñor Brunel, y esto suponiendo que ese visitante sea un doctor ó un tonelero.

El oficial del puerto y el capitán Bourcart cambiaron un cordial apretón de mano. Después, el último, en compañía de su segundo, subió por el muelle, atravesó el puente, llegó al dique del Comercio y se detuvo ante el puentecillo que daba acceso al *Saint-Enoch*.

Así que puso el pie en el puente monsieur Bourcart, se dirigió á su camarote. Después de haber dado orden de que le avisaran en cuanto llegara el visitante, esperó, no sin impaciencia, leyendo un periódico de la localidad.

La espera no fué larga. Diez minutos después el joven anunciado se presentaba á bordo.

Si el visitante no tenía aspecto de tonelero, no era imposible que fuera un médico. Un joven médico de veintiséis á veintisiete años.

Cambiadas las primeras frases de cortesía, —y se puede asegurar que M. Bourcart no las economizó con la persona que le honraba con su visita, — el joven se expresó en estos términos:

—He sabido en la Bolsa que la partida del *Saint-Enoch* se retrasaba por el mal estado de salud del médico de á bordo.

—Así es... M....

—M. Filhiol.... Soy el doctor Filhiol y vengo á ofrecer á usted mis servicios en reemplazo de los del doctor Sinoquet.

El capitán Bourcart supo entonces que aquel joven, natural de Rouen, pertenecía á una familia de industriales de esta ciudad.

Su deseo era ejercer su profesión en la marina mercante; pero antes de entrar al servicio de la Compañía Transatlántica deseaba tomar parte en una campaña de un ballenero y principiar por la ruda navegación de los mares del Pacifico. Podía presentar los mejores informes, que el capitán Bourcart podía pedir á tales y á cuales armadores del Havre.

M. Bourcart había observado atentamente al joven doctor, de franca y simpática fisonomía. No había duda de su constitución vigorosa y carácter resuelto. No sería él quien contrajera reumas á bordo. Así es que le dijo:

—Caballero, viene usted en buena ocasión, no se lo oculto; y si, como desde luego supongo, mis informes le son favorables, la cosa

quedará terminada, y mañana podrá usted proceder á su instalación á bordo del *Saint-Enoch*. Creo que no se arrepentirá usted.

—Seguro estoy de ello, capitán — respondió el doctor Filhiol, — pues antes de que usted se informase de mí, le confieso á usted que yo me he informado de usted.

—Y era prudente — declaró M. Bourcart. — Si no se debe embarcar sin galleta, no debe uno inscribirse su nombre en un barco sin saber de quien se trata.

—Así lo creo, capitán.

—Y por lo que veo, los informes que de mí le han dado á usted me han sido favorables.

—Sí, capitán...., y espero que los que de mí reciba usted lo serán también.

Decididamente el capitán Bourcart y el joven doctor se igualaban tanto en franqueza como en cortesía.

—Una sola pregunta, M. Filhiol. ¿Ha viajado usted por mar?

—He hecho algunas cortas travesías al través de la Mancha.

—¿Y nunca enfermo?

—No...., y tengo motivos para creer que no lo estaré nunca.

—Esto es de importancia tratándose de un médico.

—Efectivamente, capitán.

—Ahora no debo ocultar á usted que nuestras campañas de pesca son penosas y peligrosas. Sufrimos á veces grandes miserias y privaciones, y es duro aprendizaje de la vida del marino.

—Lo sé....; pero no temo ese aprendizaje.

—Y no solamente nuestras campañas son peligrosas, sino á veces muy largas. Esto depende de que las circunstancias sean más ó menos favorables. ¿Quién sabe si transcurran dos ó tres años antes de que regrese el *Saint-Enoch*!

—Volverá cuando vuelva, capitán, y lo esencial es que todos los que lleva vuelvan con él al puerto.

M. Bourcart quedó altamente satisfecho de sentimientos de tal manera expresados, y seguramente se entendería en todo con M. Filhiol si los informes indicados resultaban buenos.

—Caballero — le dijo. — Creo que debo felicitarme de haber entablado relaciones con usted, y espero que mañana su nombre de usted estará inscrito en el libro de á bordo.

—Hasta mañana, pues — respondió el doctor, — y en cuanto á la partida....

—La partida podría efectuarse mañana mismo con la marea de la tarde, si yo hubiera conseguido reemplazar á mi tonelero como he reemplazado á mi médico.

—¡Ah!... ¿No tiene usted aún completa la tripulación?

—¡Por desgracia, no, M. Filhiol...., y

es imposible contar con ese pobre Brulard!

—¿Está enfermo?

—Sí... si estar enfermo es tener un reuma que paraliza brazos y piernas, y sin embargo, crea usted que la enfermedad no le ha cogido navegando á bordo del *Saint-Enoch*.

—Yo le puedo á usted indicar un tonelero —dijo el médico.

—¿Usted?...

Y el capitán Bourcart iba como de costumbre á deshacerse en frases prematuras de gratitud. Le parecía oír ya resonar los golpes del mazo sobre las duelas de los barriles de su bodega. Pero su alegría fué de corta duración, y meneó tristemente la cabeza cuando M. Filhiol añadió:

—¿No ha pensado usted en el maestro Cabidoulin?

—¿Juan María Cabidoulin, de la calle de Tournettes?— exclamó M. Bourcart.

—El mismo. No hay otro Cabidoulin en el Havre.

—¿Juan María Cabidoulin — repetía el capitán Bourcart.

—En persona.

—¿Y cómo conoce usted á Cabidoulin?

—Por haberle asistido.

—¿Entonces también él está enfermo? ¿Hay, pues, epidemia entre los toneleros?

—No. Tranquilícese usted, capitán. Una herida en la mano, que ya está curada y que no le impide manejar la doladera. Es un hombre de buena salud y constitución, aún robusto para su edad, apenas cincuenta años, y que le servirá á usted.

—Sin duda, sin duda —respondió monsieur Bourcart. — Pero si usted conoce á Juan María Cabidoulin, también yo le reconozco, y no creo que ningún capitán consentiría en llevarle á bordo.

—¿Por qué?

—¡Oh, él sabe bien su oficio y ha hecho campañas de pesca! La última de ellas hace ya cinco ó seis años.

—¿Me querría usted decir por qué razón se le rechazaría?

—Porque es un profeta de la desgracia, M. Filhiol; porque sin cesar está prediciendo siniestros y catástrofes; porque, á creerle, cuando se emprende un viaje por mar no se

volverá de él. Además, refiere historias de monstruos marinos que dice haber encontrado y que encontraría aún, y este hombre es, por tanto, capaz de desmoralizar una tripulación.

—¿Eso es serio, capitán?

—¡Muy serio!

—Pero, en fin, á falta de otro, y puesto que tiene usted necesidad de un tonelero....

—Sí.... Lo comprendo.... A falta de otro....

Y sin embargo, jamás había yo pensado en éste.... En fin, si no se puede poner la proa al Norte se pone al Sur.... ¡Qué remedio!.... Y si el maestro Cabidoulin aceptase.... Pero no aceptará.

—Se puede intentar.

—No.... Es inútil.... Y además.... ¡Cabidoulin!.... ¡Cabidoulin! — repetía monsieur Bourcart.

—¿Quiere usted que vayamos á hablar con él? — repuso M. Filhiol.

El capitán Bourcart, muy perplejo, cruzó y seperó los brazos, consultó consigo mismo, pasó el pró y el contra, meneó la cabeza como si estuviera á punto de meterse en un mal negocio.... Al fin, el deseo de darse á la mar lo más pronto posible pudo más que toda otra consideración, y dijo:

—¡Vamos!

Un instante después los dos hombres habían abandonado el dique del Comercio y se dirigían á casa del tonelero.

Juan María Cabidoulin estaba en el piso bajo de su

casa. Era un hombre vigoroso, de cincuenta años, vestido con pantalón de terciopelo y chaleco, cubierto con una gorra de nutria y que llevaba un gran mandil oscuro.

Su trabajo no le producía mucho, y á no tener algunos ahorros, no hubiera podido jugar su partida de malilla en el cafetillo con un viejo, retirado de la marina, antiguo guarda de los faros de la Hève.

Juan María Cabidoulin estaba al corriente de cuanto pasaba en el Havre, de las entradas y salidas de los barcos de vela ó de vapor, llegadas y partidas de los transatlánticos, noticias del mar, etc.

Conocía, pues, la larga estancia en el puerto del capitán Bourcart.

(Continuará.)



Eh, viejo... ¿al fin vienes?

El insecto



ONE que estábamos veinte personas en un cuarto muy grande y con las ventanas abiertas.

Entre nosotros había mujeres, niños y viejos. Hablábamos todos de un asunto muy vulgar, gritando y armando confusa algarabía.

De repente penetró en la habitación, produciendo un agrio chirrido, un insecto alado, de unas dos pulgadas de largo. Revoloteó algún tiempo y se posó en la pared.

El avechuchu se parecía á una mosca y también á una avispa: tenía el corcelete de un color rojo sucio; del mismo color las alas planas y duras; las patas muy velludas y separadas y la cabeza gruesa y angulosa, eran de un tono encendido, como de sangre.

El bicho movía la cabeza sin parar, de arriba abajo y de derecha á izquierda; de repente se despegaba de la pared, revoloteaba con estridente ruido, y vuelta á la pared y vuelta á

sacudir la cabeza con repulsiva terquedad. A todos nos causaba asco, miedo y terror; todos comentábamos su fea traza y todos gritábamos «á echarlo fuera». Todos sacudían el pañuelo, pero á distancia respetuosa, porque nadie se atrevía á aproximarse; y cuando el horrible moscardón alzaba el vuelo, todos, sin querer, retrocedían.

Solo uno de nosotros, un joven pálido, nos miraba con sorpresa, se encogía de hombros y sonreía. Erale imposible darse cuenta de lo que pasaba ni explicarse nuestra agitación.

Sólo él no veía al insecto ni oía el pavoroso estridor de sus alas.

De repente el horrible moscardón clava en él los abultados ojos... se despegaba del muro y posándose sobre la cabeza del joven le pica en la frente entre ambas cejas... El joven lanza un débil ¡ay! y cae exánime.

El feo avechuchu salió volando y entonces comprendimos quien era. Era la muerte.

IVAN TURGUENEF



Curiosidades

Un periódico americano ofrece á sus lectores las siguientes instrucciones para casos de incendio:

En los siniestros, dice, es preciso proceder con orden. Por consiguiente, se salvarán:

1º Los niños, que son del porvenir.

2º Las mujeres, que son del presente.

3º Los viejos, que son la experiencia.

4º Los valores y documentos, que son el bienestar.

5º Los muebles, que son la comodidad.

6º Si sobra tiempo... las suegras!

* *

La historia del Himno Nacional Boer es bastante curiosa.

Su autora, Catalina Van Rees, que ya componía obritas cuando era muchacha en Utrecht, conoció hace unos 30 años á un estudiante llamado Burger, muy entusiasta por su música. Este Burger partió para el Transvaal y llegó á ser en 1875, presidente de aquella república.

Como sus gobernantes no tenían himno nacional, se le ocurrió pedirlo á su antigua amiga, la señora Van Rees, quien en pocas horas, escribió la letra y la música, que merecieron la aprobación del Volksraad de Pretoria.

Café del Polo Bamba

DE
SEVERINO SAN ROMAN

El mejor café del mundo
Calle Colonia esquina Ciudadela

MONTEVIDEO

Sastrería "La Exposición"

DE
MAXIMO MANZO
PRECIOS SIN COMPETENCIA

Calle 18 de Julio 468

MONTEVIDEO

Talleres Heliográficos

— DE —

ORTEGA Y RADAELLI

662 — CALLE PERÚ — 672

BUENOS AIRES

Guía de LA ALBORADA

BEHEREGARAY JUAN — Escribano público, Ituzaingó 162.

BERRO, ARTURO, Doctor. — Agraciada, núm. 82. Consultas de 1 á 2.

HERRERO Y ESPINOSA, Manuel. — Abogado, Cerrito, núm. 258.

PEREIRA, ANTENOR. R. — Escribano público, Zabala, núm. 139.

La Alborada

SEMANARIO DE LETRAS Y ACTUALIDADES

ARTURO SALOM
Director

PROPIETARIOS:

AGUSTIN SALOM
Administrador

AGENCIA GENERAL EN EL URUGUAY: SALOM HNOS., DAIMAN N.º 52—MONTEVIDEO

AGENTES EN TODA LA REPÚBLICA ARGENTINA:

SRES. ROURA HNOS., SAN JUAN 2781—BUENOS AIRES

PRECIOS

Número de la semana, en la administración.....	0.20	Pago adelantado	
Número atrasado.....	0.80	Subscripción semestre en el interior.....	3.00
Subscripción mensual.....	0.50	Subscripción anual en la República.....	5.00
		" anual en el exterior....	7.00

Gratis



MUESTRAS

Deseando que todo el mundo pueda apreciar cómodamente los buenos resultados de la

RIZOLINA ARGENTINA

agua ricamente perfumada para rizar y ondular el cabello; dar forma al peinado en las damas, y al bigote en los caballeros, así como de la

DENTOLINA

Dentrífico reputado como el mejor entre sus similares, según certificados de los afamados dentistas, doctores Sierra, Capella y Pons, Guerra, Carballo, Laguardia, Morale (Don Ubaldino y Don Tristán), Martínez, García, Etchepare y otros más, se regalan muestras y prospectos gratis de estos preparados, en la única casa concesionaria.

A. Giz Gómez

Cámaras 100 y 102

Montevideo

Pídanse estos preparados en todas la Droguerías y Farmacias que lleven la banda del único concesionario como garantía de legitimidad.

Por el precio son casi REGALADOS

Juegos de mesa semiporcelana compuestos de 98 piezas, en marrón ó azul, por \$ 18. — En juegos de mesa de diferentes precios hay unas 15 clases distintas, á cual de más buen gusto. — Cubiertos Gombault garantido siempre blanco, las 86 piezas de mesa \$ 8.50. — Juegos de cristal grabado, diversos gustos, compuestos de 65 piezas por \$ 18. — Batería de cocina, esmaltada, juego 20 piezas por \$ 9.

Visiten mis dos grandes Bazares para darse cuenta del enorme surtido en objetos para regalos y cerciorarse de sus precios. — Esteras para puertas á 6 rls. — Copas para vino á 6 rls. docena.

Las dos casas cuentan con jardinera para remitir á cualquier parte.

B. IRISITY, San José 71 al 77, esq. Convención
Sucursal: 25 de Mayo 149 entre Solís y Colón.

SANATORIO CURBELO FE, ESPERANZA, CARIDAD MINAS

Director científico: DR. V. RAPPAZ

Magnífico Establecimiento á 20 minutos de la Estación Minas.—Paraje elevado, sano. Instalación hidroterápica moderna. — Grandes comodidades para familias. Departamentos y personal especial para señoras y enfermos graves.

Tisis, neurastenia, enfermedades nerviosas y crónicas, etc.

El doctor permanece en el Sanatorio. Consultas por correspondencia y asistencia á domicilio.